RITA BULLWINKEL

Golpe de luz

TRADUCCIÓN DE CE SANTIAGO

narrativa sexto piso



Golpe de luz

Rita Bullwinkel

Traducción de Ce Santiago

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Headshot

Copyright © Rita Bullwinkel, 2024

Primera edición: 2025

Traducción
© Ce Santiago

Imagen de portada
© Riki Blanco

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2025
América, 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación
Grafime

Impresión
Cofás

ISBN: 978-84-10249-69-1
Depósito legal: M-15629-2025

Impreso en España

para mi hermana, Audrey, que lo presenció todo

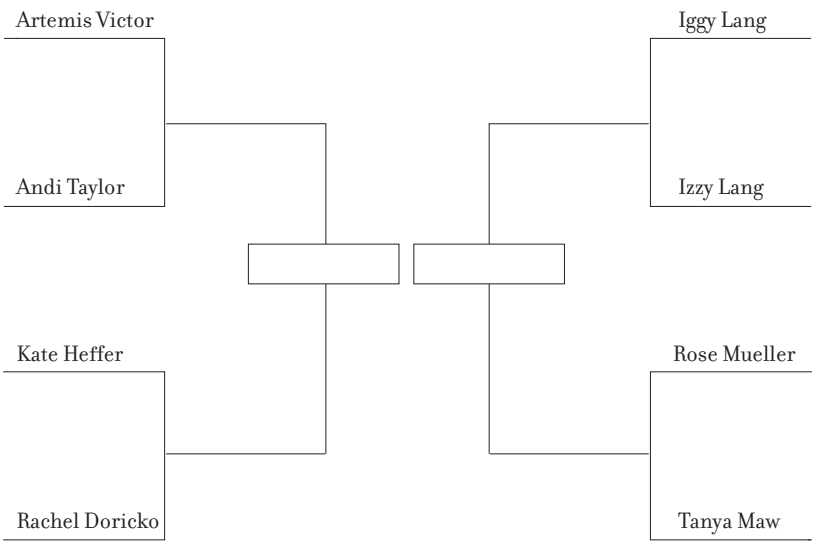
DE «GAMES FOR GIRLS», DEL PROFESOR DE HISTORIA ANTIGUA THOMAS F. SCANLON

No fue hasta después del período clásico que las mujeres griegas empezaron a competir en los juegos de atletismo masculinos. Las referencias al respecto son escasas y tardías, y apuntan a unas circunstancias sociales excepcionales… Una inscripción del siglo I *d. C. hallada en Delfos alude a unas chicas concretas que compitieron en carreras de cuadrigas y velocidad… Aun así, es probable que esas chicas compitieran contra otras chicas, como en las carreras de hijas de…*

12.ª temporada

Mujeres de hasta 18
TROFEO DE LAS HIJAS DE AMÉRICA
en
EL PALACIO DEL BOXEO DE BOB
en
RENO, NEVADA
14 y 15 de julio de 20xx

JULIO 14


Artemis Victor
Andi Taylor
Kate Heffer
Rachel Doricko
Iggy Lang
Izzy Lang
Rose Mueller
Tanya Maw

ARTEMIS VICTOR
VS.
ANDI TAYLOR

Andi Taylor entrechoca los puños y se golpea el vientre plano mientras piensa no en su madre sentada sola en casa con su hermano pequeño, ni en el coche, que de milagro ha conseguido traerla hasta aquí, ni en su trabajo de verano como socorrista en la masificada piscina pública, ni en el niño de cuatro años al que ha visto morir, el niño de cuatro años al que prácticamente ha matado ella, ni en sus mejillas azules. No deberían contratar a adolescentes para salvar niños. Da igual cuántas clases de reanimación cardiopulmonar hayas recibido. Había matado al niño con su mirada distraída. Llevaba un bañador con camioncitos rojos. El niño parecía de plástico. El tacto de su muslo cuando tiró de él para sacarlo del fondo de la piscina, ya muerto, y lo fácil que fue agarrarlo, de lo pequeño que era, no es algo en lo que esté pensando. Está mirando la claraboya y la luz que deja pasar al interior de este gimnasio de mierda y está pensando en las cosas que siempre hace mal cuando combate, cómo descuida su flanco izquierdo, cómo baja la zurda y se desprotege la cara, a no ser que lo tenga en mente. También está pensando en la paliza que va a darle Artemis Victor. Si Andi Taylor no se concentra, la pelea terminará en cuestión de segundos. Andi Taylor tiene que pensar en las distancias y en su estómago. Andi Taylor tiene que pensar en su postura.

Siguen sentadas y mirándose mal la una a la otra. Se conocen pero nunca se han enfrentado. Cuando te apuntas a la federación de boxeadoras juveniles, esa asociación deportiva, que no deja de ser un chiringuito, te obliga a pagar doscientos dólares y después «te regalan» una suscripción a su revista, con perfiles de las participantes, boxeadoras jóvenes, de

todas y cada una, para que sepas quién es quién, aunque estén en la otra punta del país, y te hagas una idea de a quién te enfrentas, y sepas contra quién han peleado y contra quién van a pelear y cuál es su pasatiempo favorito porque solo dios sabe qué clase de periodista escribe ese bodrio de revista, pero sea quien sea por lo visto cree que se trata de información valiosa y que debe incluirse en los perfiles de todas las deportistas, porque en todos los números aparece lo mismo: nombre, lugar de nacimiento, color favorito, hobbies, victorias y derrotas, foto de la chica en cuestión con los guantes puestos. Con la foto hay carta blanca y algunas chicas prefieren salir con ropa de gimnasio y otras prefieren salir con sujetador deportivo, el pelo suelto, la cabeza ladeada y los guantes apoyados en las caderas.

Andi Taylor reconoce a Artemis Victor perfectamente porque Artemis Victor es la menor de las tres hermanas Victor, una prole de boxeadoras cuyos padres van a todos y cada uno de los combates de Artemis con camisetas en las que pone «Victor»,* algo, obviamente, ridículo, eso de llevar el registro de las victorias de sus hijas en el pecho.

Todo el mundo conoce a las hermanas Victor y sabe cuántas victorias y cuántas derrotas acumulan, y los jueces tratan a la familia de Artemis como a amigos de toda la vida, algo que, en el boxeo, resulta especialmente irritante porque las zonas grises en las decisiones arbitrales suelen ser grandes, y si sabes que un juez tiene una relación especial con una participante, no puedes dejar de pensar: Me están tangando, no voy a pasar de aquí, ojalá tuviese unos padres encantados de hacerse amigos de mis entrenadores, ojalá tuviese unos padres que pudieran faltar al trabajo, que no trabajaran, que pudieran venir a verme ganar.

* En inglés, *victor* significa «vencedor, ganador». [Todas las notas son del traductor]

El señor y la señora Victor están sentados en sillas plegables cerca del ring. Hay poco más de dos docenas de espectadores: jueces, otras boxeadoras, un periodista del periódico local, otro de la revista de la Asociación de Boxeadoras Juveniles, padres, una abuela, entrenadores, y está Bob, el dueño del gimnasio.

Bob también es entrenador, pero tiene por norma no entrenar a mujeres. A él le da igual qué boxeadora gane. La ubicación de su gimnasio era perfecta para celebrar el torneo, nada más. Todos los entrenadores son hombres, todos son dueños de gimnasios y todos cobran una tasa a las chicas para, con parte de ese dinero, pagar a la Asociación de Boxeadoras Juveniles, que a su vez paga a los entrenadores por albergar las regionales en sus gimnasios. Varios de los entrenadores han sido boxeadores amateurs, pero muchos no han competido nunca en las categorías en las que pelean estas chicas. Los entrenadores de las chicas van al torneo para trincar los cheques de la asociación. Entre un asalto y otro, los entrenadores de Artemis y Andi hablan con ellas, pero no hacen más que soltar clichés e información inútil. Todo lo que los entrenadores hayan podido enseñarles a las chicas es cosa del pasado. La forma de hablar de los entrenadores en el Palacio del Boxeo de Bob se parece a los alaridos de un aficionado en la grada. Tanto Artemis como Andi preferirían pelear con menos contaminación acústica. Todo ruido que no sea el del impacto de un puñetazo es pura distracción.

Artemis Victor mueve los hombros en círculos. Está mirando a Andi mientras piensa: Qué fea eres. Soy más guapa que tú y además voy a machacarte.

Artemis se fija en el físico de todas las demás mujeres. Soy la mujer más guapa de esta sala, piensa. Aquella de allí igual es más guapa, si te gustan las chicas con pinta de drogadictas. A

algunos hombres les gustan las chicas con pinta de drogadictas. Artemis Victor se imagina en el futuro, se imagina con un éxito brutal en un casoplón, quizá en Miami, no como una drogadicta. Artemis Victor tiene un osito de peluche con una camiseta pequeñita en la que pone «Victor».

—¡Esa es mi chica! —grita el señor Victor.

Artemis Victor siempre piensa que va a ganar. No es un mal hábito. La capacidad de desterrar por completo las dudas sobre una misma es un arma muy ventajosa. Artemis Victor odia a su hermana mayor. Su hermana mayor ganó el Trofeo de las Hijas de América hace cuatro años. Su otra hermana se llevó la plata. Aunque Artemis lo gane todo, aunque gane el torneo y se convierta en la mejor del país, en la mejor boxeadora de menos de dieciocho años de Estados Unidos, para su hermana mayor, Star Victor, siempre seguirá siendo la segunda mejor, porque Star se convirtió en la mejor del país antes que ella y hoy tiene marido y un hijo y le falta poco para tener una casa en propiedad si no para ser rica.

Artemis Victor no tiene ni idea de lo que cuesta tener una casa en propiedad, pero sí sabe lo que cuesta derrotar a otras personas, algo que se parece a tener propiedades, derrotar a otras personas para ser propietaria de un trocito del planeta y hacer tuyo ese trocito del planeta que no vas a compartir con nadie más, porque tener algo en propiedad es el resultado de tu victoria sobre otros humanos, o sea, ganas más dinero que ellos así que ahora esta porción de tierra es tuya a perpetuidad.

Pero Artemis Victor no es tonta. Sería una banquera fantástica, aunque va a hacerse distribuidora de vinos. La cuestión es que sus valores son muy limitados. Es de locos el buen ojo que tiene para calar a las personas, para adivinar lo que están

pensando por debajo de lo que estén diciendo, para fijarse en lo que las personas se callan cuando te hablan, tanto si les interesas como si no. Sabe qué profesores del instituto tienen que darle lástima: los que lanzan miradas rápidas buscando a alguien que los escuche. Sabe cómo tiene que decir las cosas para que los demás crean que le interesa lo que ellos tengan que decir.

Además, Artemis Victor es vegana. Siente verdadera lástima por los animales. Se incluía en su perfil en la revista de la Asociación de Boxeadoras Juveniles (la ABOJU). Artemis Victor es amante de los animales. Vio un documental sobre el maltrato a las ballenas de los parques temáticos y cree que habría que liberarlas.

El árbitro está en mitad del ring y repite a las chicas las reglas que ya conocen de memoria, que han oído mil veces. Asienten y se levantan de sus taburetes y empiezan a dar saltitos. Andi da muchos más saltitos que Artemis. Artemis da unos pasos hacia delante, firmes. Ambas llevan calzonas de seda y sujetador deportivo y camiseta sin mangas. El elástico les deja en la piel de la cintura unas marcas que tardarán horas en desaparecer después de haberse desvestido.

Hace una semana, Andi llegó a casa y se quitó las calzonas y miró el círculo rojo de mellas que las calzonas le habían dejado en el vientre. Se palpó las hendiduras con las manos. Cuando una hora más tarde las marcas desaparecieron sintió pena de que ya no estuvieran. Le parecían una prueba del esfuerzo que había hecho. Pensó que ojalá en alguna victoria le dejasen un ojo morado para lucirlo por ahí, para que la gente viese que peleaba, para que la gente viese lo duro que era lo que hacía con su cuerpo.

Andi tiene la rodilla demasiado adelantada y Artemis se acerca para obligar a Andi a retirarla debajo de la cadera. Son los

segundos en los que se estudian, los instantes de los que una boxeadora dispone para ver si su oponente tiene algún punto débil.

El punto débil de Artemis es pertenecer a una estirpe. Carga con el peso de las victorias de sus hermanas. Se las recuerdan constantemente. Con este torneo puede llegar a ser tan buena como su hermana mayor, o la peor boxeadora de la familia. Las estirpes familiares como la de los Victor son más infrecuentes en el boxeo que en cualquier otro deporte, pero tampoco completamente inauditas. El boxeo femenino juvenil es un mundo tan pequeño que las Victor podrían conquistarlo.

Andi Taylor sigue con la rodilla mal posicionada. Artemis levanta el labio hacia la nariz para enseñar los dientes tapados por el protector bucal rojo.

Los bíceps de Artemis son dos bolas de músculo. La mayoría de la gente no es capaz de lanzar una pelota con la fuerza con la que ella golpea. Los músculos de la espalda se le arquean como dos montículos a cada lado del cuello. Artemis detecta una debilidad en los movimientos de Andi y piensa que puede golpear por ahí. Artemis Victor cree que puede alcanzar a Andi Taylor. Mientras Artemis piensa esto, Andi golpea a Artemis Victor en el costado izquierdo.

Es un puñetazo fuerte que los jueces anotan enseguida. Cantan el punto en voz lo bastante alta como para que todos lo oigan. Al fin y al cabo, este es un deporte en el que se puntúa a golpes. Por eso llevan cascos acolchados que les cubren las orejas y las mejillas y la frente y también ajustes debajo del mentón. Esto es tiro al blanco.

Andi había visto un hueco en forma de túnel entre su puño derecho y el costado izquierdo de Artemis. Había aparecido iluminado, como si estuviese suplicándole al puño de Andi

que lo rellenara. Andi había metido el puño hasta el cuerpo de Artemis, en ese hueco en forma de túnel, y lo golpeó una y otra vez, hasta que el árbitro las separó.

El árbitro había revisado los guantes de Andi por dentro antes de ajustárselos a las muñecas con cinta adhesiva. Lo hacía para comprobar que no hubiera plomo. Siempre lo hacen antes de un combate. Es una de las normas de la asociación.

A Andi le encanta que los árbitros rebusquen dentro de sus guantes. Le gusta ver cómo meten las manos por el agujero en el que Andi está a punto de meter las suyas. Ese control hace que Andi se sienta capaz de matar a alguien. Le encanta que un adulto confirme que su puño podría ser un arma. Quizá podría meter una piedra. Quizá sea capaz de matar a la chica con la que está peleando. Cada vez que los árbitros miran dentro de sus guantes es como si le dijeran: Eres capaz de matar a alguien, y eso a Andi la hace sentir bien. Casi toda la gente que forma parte de su vida no cree que ella sea capaz de nada, no digamos ya de matar a alguien, y después de haber matado al niño con su mirada distraída, Andi se pregunta si también será capaz de matar a alguien con sus puños.

El niño del bañador con camioncitos rojos, Andi no estaba pensando en él, ni siquiera era lo peor que le había pasado a Andi, ni el primer cadáver que había visto. Pero era el más pequeño (el otro cadáver fue el de su padre). La pequeñez del niño muerto le había parecido especialmente repugnante. Fue un día muy despejado y seco. Andi no había llorado. Vomitó después de que quedara claro que el niño de los camioncitos rojos no iba a resucitar. Al vomitar, Andi se sintió como una niña pequeña. Le sorprendió el asco visceral que su cuerpo sintió hacia el niño muerto de los camioncitos rojos. Fue la imagen de

su muslito tamaño salchicha lo que la hizo vomitar. Andi golpea de nuevo a Artemis, esta vez en el hombro. ¿Cuánto tiempo podría seguir golpeando a Artemis Victor impunemente?

Habían escogido el Palacio del Boxeo de Bob para el Trofeo de las Hijas de América porque quedaba céntrico, en mitad del corazón de Estados Unidos o, al menos, porque no estaba cerca de ningún océano, y porque Bob era hermano del director de la Asociación de Boxeadoras Juveniles, que reservaba cien dólares de cada participante para pagar a los árbitros, los jueces y las instalaciones, y a los representantes de la asociación por su tiempo.

Andi ha pagado la tasa de inscripción con su sueldo de socorrista, que ahora lo siente como dinero manchado de sangre.

Siempre había un Trofeo de las Hijas de América clasificatorio, regional, antes del nacional, o sea que la ABOJU cobraba tasas a más de mil chicas, lo que significa que sacaban un buen beneficio, por lo general cincuenta o sesenta mil dólares, y Bob se metía parte en el bolsillo por poner aquel gimnasio ruinoso.

La diferencia entre los cuerpos de Artemis Victor y Andi Taylor estaba en que el de Artemis era más recio. Los músculos le sobresalían de los brazos y la espalda como si tuviese cuerdas debajo de la piel. Artemis tenía líneas visibles de tendones en los antebrazos que le iban de la muñeca al codo. Tenía los hombros anchos, y se notaba aún más lo anchos que eran cuando se embutía en un vestido sin tirantes. Siempre se maquillaba para pelear. Artemis llevaba maquillaje resistente al agua y los labios pringados de rojo.

Andi era alta y desgarbada. Tenía el cuerpo de una corredora de fondo. La gente siempre le decía que debería probar a hacer fondo. A ella no le interesaba.

Artemis Victor llevaba el pelo recogido en una coleta. Era castaña y tenía tal mata de pelo que apenas le cabía en una goma. Cuando no estaba peleando, lo llevaba a un lado o en un gran moño alto. Incluso recogido, lo tenía tan largo que le tocaba los hombros. Siempre decía que se lo dejaba crecer para luego cortárselo y regalárselo a una niña con cáncer, pero nunca se lo cortaba, salvo las puntas, cuatro o cinco centímetros.

Las peluqueras de la peluquería a la que va Artemis parece que no quieren escucharla. No me lo cortéis mucho, les dice ella. Lo quiero largo, insiste. Siempre sale del local como si le hubiesen robado una parte de su ser.

Andi Taylor tenía el pelo tan fino que cuando se hacía una trenza, la trenza era igual de fina que su dedo índice. Cuando se lo mojaba se lo notaba viscoso. Cuando hacía mucho frío fuera a Andi Taylor le preocupaba que el pelo se le rompiera. Ya le había pasado una vez, con un par de mechones solo, pero tenía tan poco pelo que lo vivió como un dramón, como si hubiese perdido un bien muy escaso que jamás iba a poder recuperar.

La cuestión del cuerpo de Artemis Victor o de Andi Taylor o de cualquiera de las chicas del torneo de las Hijas de América no era cosa menor. Sus cuerpos eran la única herramienta de la que disponían. Aquello no era bádminton ni tenis. No había raquetas. Tenían los brazos y las piernas y un casco acolchado en la cabeza y guantes en las manos, aunque los guantes y el casco no eran más que medidas de protección, para no matarse

unas a otras. Los guantes y el casco no eran algo que necesitaran para poner en práctica las técnicas que habían aprendido, aunque todas, en sus respectivos estados, en sus respectivos gimnasios, entrenaban con guantes y casco. Los guantes y el casco eran como la ropa. Se podía boxear con o sin ellos, igual que se podía, teóricamente, nadar desnuda o en bañador.

Andi Taylor y Artemis Victor miraban cada una el cuerpo de la otra bajo el techo del Palacio del Boxeo de Bob y ambas intentaban dilucidar cómo podían darle en la cara a la otra. Era el primer combate del torneo, la ronda de la que saldría una semifinalista. Si perdías, estabas fuera. En las Hijas de América no había repesca.

Andi se acercó a Artemis con el pie derecho adelantado, arrastrando el izquierdo. Llegó adonde quería con un trote poco elegante, ineficiente, no muy bonito. Andi nunca se había preocupado por su postura desequilibrada. No sabía que avanzar de un modo tan descompensado podía causarle cantidad de problemas. Así Andi le despejaba demasiado el lado derecho a su oponente. Caminaba como un cangrejo. Era una manera absurda de boxear. Era rara. A Artemis también le parecía rara. Ninguna de las hermanas Artemis boxeaba de esa manera. Andi estaba sumamente descompensada, así que Artemis le lanzó un puñetazo. El guante de Artemis impactó en el pecho de Andi. El árbitro cantó el punto.

El modo en que el cuerpo de Andi se repuso del golpe fue aún más extraño que su excéntrica forma de avanzar. Se había inclinado hacia el golpe, algo que de alguna manera parecía imposible. Pero Andi lo había visto venir, y aunque era tarde para mover todo el cuerpo, sí había sido capaz de retroceder ligeramente para evitar que el puño de Artemis le diera de lleno.

Más que sentirlo, Andi vio cómo el guante de Artemis le daba en el pecho. Vio cómo el material rojo del guante se movía bajo sus ojos y entre sus hombros. Fue como si estuviese volando por encima de un trozo de material rojo. Andi estaba en lo alto del océano rojo. Empujó a Artemis y avanzó otra vez hacia ella.

Eran más distintas como boxeadoras que como personas. Artemis tenía una postura pulida y calculada. Andi golpeaba sin pensar. Movía las manos despacio, pero en direcciones raras.

Hay cierta glorificación, fuera del mundo del boxeo, del furor y la brutalidad cuando se pelea: esa idea de que el deseo y la marrullería pueden conquistar y conquistarán la experiencia. Ningún entrenador de boxeo le ha pedido nunca a su deportista que se ponga más furioso. El control y la contención son mucho más valiosos que los puñetazos a lo loco.

Andi no sabía bien por qué la visión del cadáver de su padre le había afectado muchísimo menos que la visión del cadáver del niño de los camioncitos rojos. Podría ser porque el cadáver del niño era la demostración de una vida no vivida. Quizá también se debía a que Andi tenía la sensación de que había matado al niño. ¿Andi había matado al niño? Ambos cadáveres habían sido sorpresas obvias. Su padre había muerto en el sofá mientras veía la televisión. Vivía en un piso, estaba divorciado de la madre de Andi y vivía solo. Cuando Andi encontró a su padre estaban ella sola y la versión difunta de su padre, ella sola y el cadáver nada más entrar. Pensó en los dos allí juntos, ella entrando en el piso y su padre que se había perdido la hora anterior, su favorita, de la programación, muerto antes de que el episodio hubiese empezado siquiera.

El hecho de que Andi hubiese tocado dos cadáveres (Artemis no había tocado ninguno) no importaba nada mientras intentaban golpear el cuerpo la una a la otra. Eran dos chicas que habían crecido siendo tratadas como mujeres, algo que unificaba sus experiencias vitales con mucha mayor intensidad que cualquier tragedia familiar (o presenciada). El boxeo femenino ni era, ni había sido nunca, ni llegaría a ser algo lo suficientemente respetable como para depositar en él cada gramo de tus energías. El entrenamiento pasaba factura tanto al cuerpo de Artemis como al de Andi. El constante sudor entre la frente de Andi y su casco le provocaba acné que tenía que disimular con maquillaje. El flequillo le quedaba fatal, pero aun así se dejaba flequillo cuando se cortaba el pelo para tapar las espinillas profundas, subterráneas, que le salían por culpa del plástico del casco. Una vez tuvo una infección de estafilococos en una de esas espinillas por tocarse la cara después de haber tocado una máquina de pesas del gimnasio en el que entrenaba. El agujero tamaño guisante que la bacteria le abrió en la frente le duró una semana, hasta que su madre le insistió en que fuera al médico. El médico tuvo que inyectarle una dosis de penicilina como para un caballo y entonces la infección se convirtió en una costra, y estuvo casi seis semanas con algo parecido a un escarabajo muerto en la frente.

Por no mencionar los huesos que se les habían roto a las dos, sobre todo de los dedos. Tanto Artemis como Andi se habían roto las manos cantidad de veces, pero a Artemis se le habían roto como diez veces más que a Andi, y, aunque Artemis aún no lo sabe, esa decena de fracturas de más en los dedos ya ha empujado la frágil estructura de su mano humana más allá de la línea que delimita el reino del daño irreversible. Cuando Artemis cumpla sesenta años, será incapaz de sostener una taza de té.

Artemis estará en casa, sola, su marido habrá muerto de cualquier cosa tiempo atrás, y tendrá las manos tan destrozadas que le costará abrir la puerta del frigorífico. A esas alturas,

nadie de su entorno, ni siquiera su hija, pensará para nada en los efectos secundarios de lo que significa ser boxeadora. Y la boxeadora que había en Artemis también habrá desaparecido mucho tiempo atrás. Habrá tenido siete vidas distintas desde las Hijas de América, ninguna de ellas relacionada con el boxeo, así que su lesión, esos puños imposibles de cerrar, no serán ninguna herida de guerra, sino, más bien, una discapacidad lamentable, patética.

En el Trofeo de las Hijas de América cada asalto dura dos minutos. Cada combate de este torneo consta de ocho asaltos. Artemis Victor golpea con fuerza a Andi Taylor en el lado derecho de la cabeza, y aumenta la ambigüedad del asalto. Es el golpe mejor conectado. La campana suena y los jueces se levantan y dan el asalto a Artemis Victor y las dos chicas van a sentarse a sus respectivas esquinas.

Ya sentadas en sus taburetes, despatarradas y con la cara roja, la mente de Artemis y la de Andi dan vueltas como aerogeneradores. Es como si en el interior de sus cabezas hubiese aguas turbulentas. La información sensorial se ha ralentizado. Los verbos son lo único que oyen con claridad.

Los pensamientos de Andi Taylor viajan en cubos neuronales por su columna vertebral, hacia arriba, hacia el espacio entre oreja y oreja. Ve a su padre en un cubo, muerto, viendo la televisión. Su cadáver está empapándose de los rayos de luz azul de la enorme pantalla. Es como si su padre estuviese succionando el vacío que hay detrás de la pantalla de la televisión y el azul saliera a raudales de la pantalla, transmitiéndose al interior del cadáver.